



REVISTA SEMANAL.

Saldrá los días 8, 14, 23 y 30.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

ÉPOCA II.—NÚM. XXIII.

DIRECTORA,
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Granada 23 de Diciembre de 1875.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Darro del Campillo, núm. 15.

SUMARIO.

Nuestra Señora de la Merced, por G. M. y G. de la I.—**Jocabed**, poesía por D. Francisco Jimenez Campaña.—**Solo un Dios y solo un culto!** novela de costumbres, por D.^a Enriqueta Lozano de Vilchez.—**En el album de mi hijo Ernesto**, poesía por D. Tiburcio Navas Perez.—**La Virgen de la Esperanza**, leyenda por D.^a Angela Grassí.—**Seccion infantil**, por D.^a Enriqueta Lozano de Vilchez.

NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED.

(CONTINUACION).

—No quiero alejarme de este castillo, contestó Berenger con voz concentrada.

El religioso, aunque joven todavía, tenia ya suficiente experiencia de los abismos que encierra el corazon del hombre; adivinaba fácilmente la ardiente resolucion oculta bajo un exterior de calma y de serenidad, la agitacion disfrazada por una sonrisa, la pasion mal reprimida aparentando una fingida tranquilidad, semejante al volcan oculto bajo una capa de nieve; así, pues, tomando la mano del joven caballero y fijando en él sus ojos negros y penetrantes, le dijo:

—Hijo mio, no quereis dejar estas ruinas por-

que su vista fomenta más que vuestro dolor, vuestros deseos de venganza, y aun más que en vuestro padre pensais en Juan de Melfort.

—Y aun cuando así fuese, contestó el joven, aunque no pensase sino en devolverle el mal que me ha causado, ¿no sería esto justo? *La venganza me pertenece y yo la ejerceré*, dijo el Señor.

—No, hijo mio, no es justo usurpar á Dios los derechos que él mismo se ha reservado; os hablo en nombre de Aquel que sería vuestro juez; la venganza no os pertenece, os repito tambien de parte del que es vuestro Salvador: *Solo en la resignacion encontrareis el descanso de vuestra alma*. Destruyendo el hogar de vuestro enemigo ¿levantais acaso el vuestro? Hundiendo el acero homicida en el seno de la mujer y de la hija de Melfort, ¿resucitarán acaso vuestra madre y vuestra hermana? Cuando sintais vuestra conciencia cargada con el peso grave que oprime la de vuestro enemigo ¿sereis por eso más dichoso?

—Padre mio, replicó Berenger, vos sois ministro de paz y no podeis juzgar....

—Hijo mio, antes que religioso fui tambien como vos guerrero; antes de vestir este sayal he llevado casco, coraza y el cinturon de los caballeros, he ceñido espada, y he conocido y experi-

mentado las ideas mundanas.... Os hablo, pues, como un hombre que sabe juzgar de las glorias humanas, y puedo aseguraros que, si arrebatados y obcecados nos parece que existe cierta grandeza y satisfaccion en la terrible venganza, abriendo los ojos á la verdadera luz conocemos nuestro error, y vemos que hay otra venganza mucho más noble perdonando generosamente, y triunfando así más que de un enemigo puesto á nuestros piés, de las altivas pasiones de nuestro corazon.

—Padre mio, vos no podeis comprender lo que pasa por el mio; así, pues, tened la bondad de retiraros y dejarme solo.

—Hijo mio, hermano mio, no puedo separarme de vos porque la hora de la desesperacion no es la de las buenas resoluciones; Dios me ha enviado aquí; ¡bendita sea su divina providencia que no hace nada en vano!

—Pero vos, exclamó ya incomodado Berenger, vos que quereis que yo perdone como un cobarde, ¿sabeis los males y desgracias que ese hombre me ha causado? ¿Sabeis que despues de dos años del más duro y penoso cautiverio volvia yo rebosando alegría y esperanza, ávido de amor, con el alma llena de ternura por mis ancianos padres y por mi jóven y querida hermana, y que Melfort ha destruido todas mis ilusiones y preparádome en lugar del hogar doméstico un monton de piedras y tres sepulcros? ¿No ha vengado él en mis pobres colonos, en un anciano, en inocentes mujeres los agravios de sus antepasados? ¡Y no me ha de ser á mí permitido volverle luto por luto, dolor por dolor!.... ¡Vos ignorais, sin duda que durante esta triste noche que acabo de pasar bajo este techo derruido, cerca de los sepulcros entreabiertos de mi familia, estaba oyendo sus lastimeras y queridas voces, que no cesaban de decirme: *«hiere, mata, venganos...!»*

—No, hijo mio, vuestro dolor os extravía; yo he conocido á las personas por quienes llorais; vuestro padre era un hombre justo, vuestra madre una noble y virtuosa señora, vuestra hermana un ángel de paz y de inocencia; los tres desde el cielo os piden el perdon de su enemigo; desean, no que caigan sobre su cabeza los fuegos de la venganza, sino tesoros producidos por la caridad. ¡Oh almas bienaventuradas! No es venganza lo que pedís al Señor, pues no deseais otra á vuestro enemigo que la de verlo perdonado y sentado á vuestro lado en las mansiones eternas!.... Pero vuestro hijo, vuestro hermano, enredado todavia en los lazos de la carne, no puede, no sabe comprender vuestros deseos.

—Vuestras palabras, padre mio, dijo Berenger, me hieren, me traspasan, y sin embargo,

conozco que son las de un amigo.

—¡Ah! no lo dudeis, hermano mio; vuestro dolor, del que he sido yo el primer confidente, nos une para siempre; en nombre, pues, de la amistad que me habeis inspirado, os suplico me concedais un favor; nuestro monasterio no está lejos de aquí, dignaos aceptar en él la hospitalidad; venid con nosotros, nuestra casa será la vuestra, encontrareis en ella padres y hermanos dispuestos siempre á amaros, y allí, en el silencio y la reflexion pensareis más despacio y con calma en vuestros proyectos, cualesquiera que sean estos; dejad, pues, estos lugares de desconsuelo y de afliccion, y venid á la morada que el Señor os prepara....

—¿Quién sois vos? ¿Cómo os llamais?

—Soy, dijo el religioso, un caballero de Nuestra Señora de la Merced, y me llamo Pedro Nolasco.

III.

LA HIJA DEL CAUTIVO.

Diez años habian transcurrido. La Orden de la Merced poseía una encomienda á las puertas de Mompeller, puesto avanzado de la caridad, de donde se veia salir diariamente aquella valiente milicia, que en continua defensa de las costas de Europa, combatia contra las irrupciones de los sarracenos, y con una heroicidad sin ejemplo iba á arrancarles sus víctimas de las mismas mazmorras, ó de los arenales de los desiertos de África.

Hácia esta santa morada, cuyas blancas paredes se distinguian desde lejos, se dirigian á la mitad del dia una jóven y un niño, cuyos trajes manifestaban pertenecer á alguna familia distinguida; los acompañaba un anciano criado; atravesaron el puente levadizo y se detuvieron al pié de la torre en cuya punta flotaba el estandarte de la órden. Despues de haber dirigido algunas preguntas al centinela, éste les indicó el camino del claustro, que no se atrevian á franquear intimidados en cierto modo á la vista imponente de este vasto recinto, y temerosos de turbar el descanso de un pacífico y glorioso sueño en que yacian algunos de los compañeros y hermanos de Pedro Nolasco y de Raimundo de Peñafort. En el centro de un gran patio se veian algunos modestos sepulcros, y á su alrededor se hallaban los claustros abovedados, en los cuales se paseaban silenciosos algunos caballeros y sacerdotes, vestidos los primeros con sotana y manto blanco, no llevando los segundos sino la sotana, sobre la cual brillaban las armas del rey de Aragon, como señal y testimonio del afecto

que este monarca profesaba á la Orden. Nada turbaba la calma y el recogimiento que allí reinaban, y solo se oían las pisadas acompasadas de los religiosos y el casi imperceptible ruido producido por el roce de sus largos mantos. Uno de estos sacerdotes, habiendo observado á la joven y á los que la acompañaban, se dirigió á su encuentro; era un hombre todavía joven, pero en su frente arrugada, en su pelo ya canoso, y en su mirada triste y melancólica se advertían señales de haber padecido mucho, de haber sufrido largos y grandes pesares, y combates dolorosos consigo mismo; sin embargo, con una voz llena de dulzura se dirigió á la joven diciéndola:

—¿Á quién buskais, señorita?

—¡Ah, señor! respondió ella, somos unos desgraciados, casi huérfanos, aunque nuestro padre y nuestra madre viven todavía, pero el uno se halla cautivo de los sarracenos, y la otra está moribunda en su cama, de la pena y dolor que esta desgracia la ha causado.

—¿Vuestro padre esclavo?

—Sí, señor; habia ido á Barcelona á recoger una herencia que habia dejado á mi madre un pariente suyo, y cuando volvía gozoso y satisfecho á la Provenza, los bárbaros atacaron y apresaron la galera en que venia; todos los esfuerzos que él y la tripulación hicieron para defenderse fueron inútiles; lo llevaron cautivo, y suponemos que á esta hora se halla en Tánger... ¡Mi noble padre esclavo!... ¡Vendido á vil precio!... Las lágrimas interrumpieron á la joven, y su hermano, viéndola llorar, lloraba también.

—Tranquilizaos, señorita, dijo el religioso; vuestro padre os será devuelto.

—¡Ah! noble y generoso señor; nada omitiremos por su rescate; mirad, mi madre nos ha entregado sus joyas, sus collares, anillos y demás adornos de valor; empeñaremos, si es preciso, nuestras posesiones y nuestras cuantiosas rentas; si os dignais ir á socorrer y libertar á nuestro padre, os entregaremos la cantidad que digais es necesaria para su rescate; tenemos fieles colonos, amigos verdaderos, y todos contribuirían con la mejor voluntad á libertar al señor de Melfort.

—¡Melfort!... exclamó el religioso; ¡Melfort!... ¿Decís que vuestro padre se llama....?

—Juan Melfort, señor; si sois de la Provenza no dejareis de conocer ese ilustre nombre.

—¡Ah! sí, lo conozco, dijo el religioso á media voz; ¡ah! ¡demasiado lo conozco! ¡ojalá no le conociese tanto...! Y al mismo tiempo que pronunciaba estas palabras volvió la cabeza, pues sus ojos chispeaban de cólera; pero fijándolos en un crucifijo que se veía en el ángulo del claustro,

—¡Y qué, Dios mio! dijo para sí; ¡todavía dominan las pasiones en este corazón domado por vuestra gracia! ¡Es posible que la voz de esta niña despierte en mí el odio y la venganza que yo creí haber ya sofocado...! ¡Padre mio...! ¡Madre mia...! ¡Sombras santas...! ¿Qué quereis de mí...? ¡No se apartarán nunca de mi vista vuestros sangrientos cuerpos...! Y vos, Dios mio, mi Señor, ¿qué me mandais desde esa cruz...? ¡Ah...! ya os comprendo... basta... sereis obedecido... perdonadme, Señor, como yo perdono. Y volviéndose hacia los jóvenes, que se habian quedado silenciosos y sorprendidos, les dijo con inefable ternura:—Iré en busca de vuestro padre, y si Dios quiere, como yo espero, os lo devolveré; entretanto, rogad por mí, pues soy un gran pecador.

Algunas horas despues, un religioso en traje de camino recibía de rodillas la bendición de Pedro Nolasco, entonces general de la Orden, que abrazándole le decía:

—Id, hijo mio, y nada omitais, ni vuestra sangre, ni vuestra vida, ni vuestra libertad, en favor y beneficio del prógimo; id, servidor de Jesucristo, y procurar imitar á vuestro Señor; acordaos de vuestros votos, que os obligan á permanecer cautivo y encadenado con tal de librar á un cristiano.... ¡Adios, hermano Berenger...!

(Concluirá).

JOCABED.

CANTO HEBREO.

En el día de pena y de gemido,
Cuando esclavo el hebreo, con sus manos
Palacios levantaba á los tiranos
Acallando de rabia el alarido,
Y al Nilo embravecido
El duro Faraon daba tributo
De las hebreas con el casto fruto;

En la sombra de asiática palmera
Estaba Jocabed con ufanía
Mirando al niño, que salvado habia
La real egipcia, de corriente fiera;
Como su madre era
Por Dios y su cariño arrebatada
Diríale su ánima inspirada:

—Niño de bendición, astro esplendente
Que surge en medio á la tiniebla oscura,
Por contemplar tu rayo, que fulgura,
Abatido Israel alza la frente
Y resuena el potente
Clamor de guerra, libertad pidiendo
Y de férreas cadenas ronco estruendo.

En el monte de Horeb zarza se inflama,
Que no consume el ardoroso fuego,
En medio está el Señor, deja el sosiego
Y acude al monte que Jehová te llama;
Porque á su pueblo ama
Y escucha sus lamentos de agonía,
A los ancianos de Israel te envía.

Humilla el corazon orgullecido
De impío, que hasta Dios manos levanta
Y rodea de hierro la garganta
Del pueblo de Judá, que ha envilecido,
Arma al brazo tenido
Y llama á las tinieblas del Eterno,
Y que Egipto se vuelva negro infierno.

Ruje elevando la sangrienta frente
Ante el libre Israel el mar furioso,
Y se escucha el ruido belicoso
Y el rodar de los carros estridente
De Faraon potente;
Mas las ondas á tí te abren camino,
Y á Egipto le sepulta el torbellino.

Cantemos al Señor, que dió á tu mano
Poder contra el indómito elemento,
Á tu nombre temblaron en su asiento
Los príncipes de Edom, terror insano
Al fuerte soberano
De Moab embistió, Chanaam desmaya,
Y á tu paso veloz no opone valla.

Pardas nubes preñadas de tormenta
Envuelven al Siná, la voz del trueno
Bramando sale de su oscuro seno,
Jehová entre rayos su poder asienta,
Terrible al pueblo ahuyenta
Su acento poderoso, y entre nubes
Á hablarle á Sabahot al monte subes.

Tú el águila rapante y peregrina
Que llevas á Judá sobre las alas,
Tú que miras de Dios las régias galas
Y al pueblo de Jacob das ley divina;
Estrella diamantina,
Reflejo del poder de Eterno Padre,
Hijo de bendicion, yo soy tu madre.

Yo soy tu madre el céfiro murmura,
Soy tu madre, los pájaros cantaron,
Su madre, las palmeras pronunciaron;
Y ella ocultando el niño con pavora
Exclamó en su amargura:
—Señor, las lenguas de la tierra abate,
No venga Faraon y lo arrebate.

Francisco Jiménez Campaña.

¡SOLO UN DIOS Y SOLO UN CULTO!

Novela de costumbres.

(Continuacion.)

Pasaron algunos dias: D. Martin se restableció de un todo, y en la casa volvió á reinar la misma paz que habia existido hasta allí.

Cárlos, sabedor del accidente de su padrino, habia redoblado sus atenciones y habia permanecido casi todo el tiempo de su mal sin separarse de su lado, compartiendo con Elena los cuidados que el anciano reclamaba.

En estas visitas halló á Fanni y se sorprendió de la intimidad que reinaba entre las dos jóvenes.

Habló de ello á Elena y ésta le refirió su primera entrevista con la hija del banquero, explicando de este modo aquella extraña amistad.

—No sé por qué, añadió, Fanni se empeña en conquistar mi afecto; ella rica, noble, halagada, llega hasta mí, huérfana, sin posicion, sin bienes y busca mi compañía, solicita mi cariño.

—¿Y tú, hermana mia? preguntó Cárlos con interés.

—Yo.... yo he empezado á quererla á mi pesar y obligada por un secreto impulso de mi alma. No me sé explicar qué hay en ella que me atrae: su voz halla un eco dulce en mi alma: parece que no es ahora la vez primera que la he conocido, y que en nuestros corazones hay una cuerda que vibra á la par y con el mismo amante sonido. Acaso es su bondad, su angelical dulzura la que me hace amarla; acaso es un sentimiento de gratitud por su conducta para conmigo. Además, si es cierto que Ricardo la ama ¿sabe ella que ese amor mataria mi felicidad? ¿Conoce este secreto que solo tú sabes, hermano mio? No, y esto la disculpa, caso que mis sospechas fueran una verdad.

Cárlos nada contestó, pero admiró en silencio la rectitud de pensamientos de Elena, y bendijo la bondad de aquel alma que no podia manchar ningun sentimiento mezquino.

Esto aquilató su amor hácia aquella angelical y perfecta criatura, en la que habia cifrado las esperanzas de su vida entera.

Ricardo tambien estuvo más expresivo y más eficaz durante la enfermedad de D. Martin, cuya causa supo, como supo tambien el conocimiento de las dos niñas; pero jamás se encontró con Fanni en la casa de D. Martin.

El sabia las costumbres de la hija del banquero, conocia las horas que la joven dedicaba á sus estudios, á sus maestros, á sus paseos, y en ellas precisamente era cuando iba á informarse de la

salud del anciano y á dedicar á Elena algunos instantes.

Dervil, á la verdad, sufría también.

Colocado entre aquellas dos mujeres que se disputaban su corazón, empezaba á aturdirse y á vacilar en sus sentimientos.

Amaba á Elena con un cariño puro, suave, lleno de paz, pues desde el principio había estado seguro de ser correspondido.

Pero Fanni le trastornaba, y en el afán que sentía por ésta, había una mezcla de inquietud y de duda imposible de describir. La hija de Héctor era bella, deslumbradora, envidiada, y esto atraía en torno suyo multitud de adoradores que se disputaban una de sus sonrisas, una de sus miradas como un favor inapreciable.

¡El orgullo de Ricardo podía estar satisfecho al ser objeto de su preferencia!

El joven, pues, fluctuaba entre aquellas dos flores purísimas que le ofrecían sus perfumes, colocadas ambas ante su paso.

Pero si hemos de ser exactos, podemos asegurar que Fanni empezaba á llevarse la mejor parte en la secreta lucha de aquel corazón.

Y es que la alegría embellece y atrae, y en nuestro egoísmo huimos del dolor, y procuramos separarnos de él por un instinto secreto temiendo acaso contagiarnos.

Elena hubiera dado la mitad de su vida por ver juntos ante sí á Fanni y á Ricardo: la infeliz niña creía que con una mirada hubiera comprendido la verdad de los sentimientos que se abrigan en aquellos corazones, sin pensar ¡ay! que esto la hubiera perjudicado notablemente, pues juzgando solo por la apariencia y no por los dones del alma, ella no podía resistir el parangón con su amiga.

Casi todos los días iba Fanni á su casa y pasaban juntas algunas horas, sin que hasta entonces, y por causa de la enfermedad de D. Martín Elena hubiera pisado la morada de su amiga.

Un día ésta acudió más temprano á su ordinaria visita.

—Estaba impaciente por verte, la dijo con su voz siempre cariñosa.

—¿Y por qué? la preguntó Elena con prontitud.

—Para hacerte una pregunta.

—Dí.

—¿Conoces á mi padre?

—Solo le he visto algunas veces desde este balcón.

—¿Es extraño?

—¿El qué?

—Hoy me ha llamado á su despacho.

—¿Y bien?

—Me ha preguntado tu nombre.

—¿Y eso...?

—Además se ha informado minuciosamente de tu edad, de tus costumbres, de tu familia.

—¿Y te admira?

—Sí.

—Pues yo me lo explico muy fácilmente.

—¿Cómo?

—Tu padre sabe que en tu bondad me has concedido un lugar en tu corazón, y querrá saber si merezco ese cariño.

—¡Oh! ¡no es eso! mi padre jamás se ha ocupado de mis amigas: ha dejado ese cuidado á miss Ana, mi aya, que es muy severa en ese punto. Además, al hablarme de tí parecía agitado. Yo le conozco mucho, y á pesar de que quería afectar una completa indiferencia, no podía ocultar el interés que mostraba por tí.

—Ilusión tuya.

—Te digo que no: además me ha dicho que te pregunte por tu madre, que te hablase mucho de ella para referirle después todas tus palabras.

—¿De mi madre!

—Sí: hasta ahora jamás nos hemos ocupado de ella; yo he visto que este recuerdo te entristecía y no he querido evocarlo. Sé que eres huérfana, te he amado acaso por ello, y no he pensado en saber más. ¡Ni aun el nombre de la que te ha dado el ser me es conocido!

—¡Mi madre se llamaba Consuelo! murmuró Elena con triste acento.

—¿Qué dulce nombre! ¿Y era joven, era bella cuando murió?

—Tenía pocos años y era muy hermosa: aunque hace ya mucho tiempo la recuerdo perfectamente.

—¡Pobre amiga mía!

—No: ¡pobre madre de mi alma!

—¿Murió en tus brazos? ¿tuviste la dicha de cerrar sus ojos?

Elena movió los labios para pronunciar una palabra, que se quedó suspensa en ellos.

Iba acaso á decir la verdad, pero tuvo vergüenza, tuvo pena de referir que su madre había exhalado el último suspiro sobre el lecho de un hospital.

Guardó silencio por algún tiempo, y al cabo murmuró:

—Aquella á quien debo la existencia fué muy desgraciada: la ví morir, pero otra la prodigó sus últimos cuidados; era yo tan niña, ¡ay de mí! que no pude....

La joven calló de nuevo y enjugó una lágrima que brotó en sus pupilas ante este triste recuerdo.

Fanni también se hallaba conmovida; la tristeza es contagiosa!

Quiso, sin embargo, atraer otros pensamientos para distraer á Elena de su pesar, y la preguntó: —¿Y tu padre? tampoco nunca me has hablado de él.

Las mejillas de la hija de Consuelo se tiñeron de un subido carmin.

Era la vez primera que tenia que responder á semejante pregunta.

¿Qué iba á decir? ¿cómo manifestar á su amiga que no habia conocido á su padre, que no sabia siquiera si vivia aun?

Algunas veces habia hablado de esto á D. Martin, pero la afliccion del anciano era tan profunda, su mirada tan sombría cuando la contestaba, y le habia rogado con tal entereza que no quisiese nunca levantar el velo del pasado, que la pobre niña habia guardado silencio conformándose con su ignorancia.

En aquel momento, sin embargo, comprendió lo horrible de aquella duda y midió en toda su extension la desgracia que la rodeaba.

Jamás habia pensado en lo triste de su situacion.

Ni sabia cuál era su origen, hasta su apellido ignoraba, pues D. Martin la habia hecho usar el suyo solo, acaso por alejar de su memoria una historia de amargura.

(Continuara).

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

EN EL ALBUM DE MI HIJO ERNESTO.

ORACION AL ACOSTARSE.

Tiende la noche su velo
y con silencio imponente,
ante el Ser Omnipotente
se postra la creacion.

Es el solemne momento
en medio de tanta calma,
de que se disponga el alma
al descanso y la oracion.

¡Dios de bondad! á tus plantas
abjuro de mis pecados,
y espero que perdonados
todos por tu amor serán.

Y cuando al sueño me entregue
tranquilo allá en la conciencia,
por mi fugaz existencia
los ángeles velarán.

Tiburcio Navas Perez.

LA VÍRGEN DE LA ESPERANZA.

(CONTINUACION.)

Genaro no tenia más rivales en el corazon de Gelsomina que una hermosa Vírgen de la Esperanza, que ella veneraba en su cabaña, y las viudas, los huérfanos, los mendigos, de quienes era la madre bondadosa. Á los que tenian hambre les daba tazas de caliente leche, queso labrado con sus manos; á los que estaban pesarosos los llevaba delante de la efigie veneranda, y salian consolados. Genaro la secundaba en su ferviente amor á María, en sus buenas obras, y con esto, ¿podian ser sus dias tristes, sus noches intranquilas?

Mas ¡ay! la desdicha, que va recorriendo á largos pasos la tierra, dejando en pos de sí huellas de lágrimas y sangre, pasó por Nápoles la bella, convirtió en ruinas los palacios, sumió en el dolor á los potentados, y prosiguió su camino; pero estaba fatigada y se detuvo á descansar en la cabaña de Genaro.

Se detuvo á descansar un solo instante, y Genaro perdió sus cabras, y vió la sombra de la muerte dibujarse en el rostro de su amada Gelsomina. Hé aquí lo que habia pasado: era en aquel tiempo en que Carlos, archiduque de Austria, luchaba con Felipe V de Borbon, disputándole el cetro de España. Perdidas sus ventajas en la Península, volvió el archiduque sus ojos codiciosos á la corona de Nápoles, y una secreta conspiracion la puso entre sus manos. Merced á esto, el príncipe de Elbeuf entró triunfante en la ciudad, desalojando de allí á los españoles, y unos y otros habian talado los campos, y destruido con el saqueo los modestos recursos de los pobres.

Una tarde estaba sentado Genaro á la puerta de su cabaña, situada á alguna distancia de Pórtici, y en vano se esforzaba en contener las lágrimas que abrasaban sus mejillas.

El médico acababa de visitar á Gelsomina, y su única prescripcion habia sido que buscasen un médico para el alma. ¿Quién podrá expresar lo que sufría Genaro en aquel terrible instante?

—¿Cómo está tu mujer? le preguntó una anciana que se dirigia á la poblacion.

El infeliz prorumpió en sollozos y le repitió la sentencia del doctor.

—El viejo Singardi visita muy deprisa, dijo la anciana alejándose. Pasa muy deprisa por las cabañas de los pobres, porque quiere tener tiempo para adular á los ricos. Gelsomina es jóven, si tuvieras dinero y pudieras traer algunos médicos de Nápoles, tal vez se salvaria.

—¡Dinero! ¡dinero! murmuró el infeliz con de-

sesperacion. ¡Dinero! ¿Qué podría hacer para tenerlo?

Cruzó las manos sobre las rodillas, y permaneció largo tiempo con los ojos fijos, y con los cabellos erizados; ¡parecía meditar un crimen!

Como si el cielo, como si la naturaleza toda hubiese querido participar del desorden de su alma, las nubes rojas y doradas que acompañaban al sol en su ocaso, se tornaron negras, y dejaron escapar de su seno relámpagos y truenos. Á esta señal los vientos embravecidos salieron de sus antros, chocando entre sí, y empeñando una horripilante batalla. Sus proyectiles de guerra eran los troncos de los viejos árboles que arrancaban de raíz, y se arrojaban los unos á los otros, eran las olas encrespadas y mugientes del mar, que subían hasta los cielos.

Genaro, al oír aquella infernal batahola salió de su estupor, miró en torno suyo, sonrió al ver la tempestad exterior que tan bien armonizaba con la tempestad de su alma, y murmuró con tono siniestro:

—¡Dinero! ¡Quiero dinero á cualquier precio!

La noche había cerrado completamente, pero al pronunciar estas palabras, como si el infierno viniese en su socorro, vió dibujarse entre la sombra una figura incierta y vacilante que avanzaba paso á paso....

Loco, fuera de sí, obedeciendo á no sé qué maligno influjo, Genaro, el padre de los pobres, el consuelo de los afligidos, entró en su choza, cogió subastón herrado, cetro que empuñaba cuando era rey de sus ovejas, y salió hasta la mitad de la senda tenebrosa.

¡Oh! ¡Cómo palpitaba su corazón de horror, de espanto y de vergüenza! ¡Cómo temblaban sus manos cuando asió de improviso la garganta del viajero!

(*Concúirán.*)

Angela Grassi.

SECCION INFANTIL.

CORONA DE LA INFANCIA.

FLORES DEL CIELO.

LAS ROSAS DEL PARAISO.

(CONTINUACION).

En una pequeña y modesta estancia, iluminada por los rayos del claro sol de Judea, y santificada por una imagen del Redentor, se hallaba al día siguiente Dorotea, sentada junto al hogar pensativa y preocupada con las palabras que había oído la tarde anterior.

La hermosa niña recordaba á sus padres que ya dormían el sueño eterno, y les enviaba una plegaria y una lágrima desde el fondo de su corazón.

De pronto Lucila, la vieja servidora á quien su madre la había confiado al morir, entró en la estancia pálida y agitada y murmuró con temblorosa voz:

—Dorotea, hija mia, ¿dónde estás?

—Aquí, mi buena Lucila; pero ¿qué traes? por qué en tu semblante se retrata el asombro y y en tus ojos el pesar?

—¡Ay de mí! que alguna desgracia te amenaza y siento estremecido mi corazón.

—¡Alguna desgracia! ¿Y en qué te fundas para creerlo?

—Han venido á buscarte en nombre de Apricio, procónsul romano, y á ordenarte en su nombre que te presentes en el palacio de Druso.

—¡Ah!

—Abajo te espera un centurion con algunos de sus soldados.

—¿Que me esperan dices?

—Sí, y esto me aterra.

—Sígueme, pues, y vamos.

—¡Oh! tienen orden de llevarte sola.

El rostro de la pobre niña palideció un instante, y en su mirada reflejó una sombra de angustia y de temor.

Después alzó sus hermosísimos ojos al cielo, fijó su pensamiento en Dios, y en sus labios apareció una sonrisa y en su blanca frente brilló de nuevo una dulce tranquilidad.

—Pronta estoy, Señor mío, exclamó con un acento del alma: me llamas y voy; y al pensar que es tu voz la que oigo, desaparece mi angustia y se disipa mi terror.

Y colocando el blanco velo sobre su rostro, abrazó á Lucila diciéndola al par:

—Nada temas por mí: el amor que me tienes es sin duda el que te finge males y desgracias que estoy muy lejos de esperar. Yo soy una pobre niña, débil é inofensiva, ¿quién ha de fijarse en mí? ¿quién ha de querer hacerme mal? Adios, pues, y desecha tu inquietud, que yo creo, por el contrario, que la dicha y el bien me aguardan.

Y salió de su morada serena y ligera como la blanca paloma que, batiendo sus alas, tiende por el espacio su sesgado vuelo.

Lucila la vió partir derramando abundantes lágrimas y presa de la más viva ansiedad.

Algunos momentos después, Dorotea pisaba el umbral del palacio de Druso, con firme planta y ademan tranquilo y reposado.

Uno de los guardias que velaban á las puertas del gran salón donde se hallaba Apricio, le ar-

rancó el velo que ocultaba su frente y la intimó la entrada con imperioso acento.

Dorotea sintió que sus mejillas se teñían de púrpura; en su modestia y en su santo pudor jamás se había presentado con la faz descubierta en presencia de los extraños, y el hacerlo en aquel instante la causaba profunda impresion.

Sus labios se movieron acaso para pronunciar una súplica; pero al ver la extraña sonrisa de los soldados que la rodeaban, su boca quedó muda y la esperanza huyó de su corazón.

Levantóse una rica cortina de brocado y la ordenaron pasar, volviendo á caer pesadamente tras ella, apenas hubo cruzado el dintel.

La hermosa niña se encontró en un vasto salón en cuyo frente, y sentado en un espléndido trono de marfil y púrpura, se hallaba Apricio, que intentaba deslumbrarla haciendo alarde de todo su brillo y de todo su poder.

—Acércate, Dorotea, la dijo mientras fijaba en ella una profunda mirada: acércate y nada temas; eres demasiado bella para esperar ningún mal de mí.

La jóven dió algunos pasos, pero no pronunció una sola frase.

—Me han dicho que eres cristiana, exclamó el procónsul, rompiendo de nuevo el silencio; me han dicho que eres cristiana, pero yo no he querido darle crédito.

—Y sin embargo, es la verdad, murmuró Dorotea con voz dulcísima.

Apricio, admirado de la firmeza de aquel acento, dirigió otra vez la palabra á la niña que le escuchaba sin temblar.

—¿Y no sabes que el divino emperador castiga terriblemente á todos los que niegan su sacrificio á los dioses del imperio, y que yo he sido enviado por él á Cesárea para hacer que se cumplan sus órdenes?

—Dispuesta estoy á recibir el castigo, respondió la jóven sin vacilar.

Apricio sintió que su orgullo de procónsul y de soldado poderoso se revelaban contra la idea de ser desobedecido por una niña indefensa y débil; pero su corazón de hombre se sintió al par dominado por la celestial belleza de Dorotea, y dejando su asiento se acercó á ella y la dijo con voz queda y apasionada:

—Escucha, yo no quiero que mueras, porque desde el instante que fijé mis ojos en tí, me fascinó tu hermosura y te hiciste dueña de mi corazón.

—¡Ay!

—Nadie nos oye; yo soy dueño de tu destino, porque en mis manos está la fuerza y la ley está sujeta á mi capricho y á mi voz; puedo hacerte

rica, envidiada, poderosa y feliz: dí una palabra y esos mismos centuriones que te han traído prisionera, se inclinarán ante tí, y se arrodillarán para dejarte paso. Cubriré tu frente de piedras preciosas y sembraré de flores tu camino; por una sonrisa de tus labios, por una palabra de amor...!

—Mi amor pertenece solo á mi Dios; murmuró la jóven separándose algunos pasos de Apricio, y fijando en el cielo su casta mirada con una expresion de esperanza y de súplica, imposible de describir.

—Ámale en buen hora, replicó el procónsul, cada vez más enamorado, más fascinado cada vez; ámale en buen hora, yo no te preguntaré por tus creencias, por el objeto de tu culto; pero cede á mis súplicas, corresponde á mi pasión.

—¡Soy cristiana! exclamó Dorotea con firmeza: soy cristiana. He prometido ser esposa de Aquel que murió para darme una vida de eterna libertad y de eterna gloria, y en vano suplicas, porque una vírgen cristiana no profana sus juramentos.

Apricio se estremeció de cólera; tembló de despecho.

Por un instante quiso vengarse de aquel desden y entregar á los tormentos á la jóven, castigando así su desvio, pero se contuvo estremecido: no podia resolverse á ordenar que tantos encantos fuesen presa de la muerte.

Pensó que una vez dada la sentencia le seria imposible revocarla, y que acaso la seducción y el engaño lograrían más que las amenazas en aquel corazón firme y animoso.

—Lo que mis ruegos y mis amenazas no pueden lograr, tal vez lo consiga la dulzura y la astucia, pensó el procónsul; quizá Cristina y Calixta la hagan variar de resolución con sus consejos y su ejemplo.

Y haciendo entrar á uno de sus guardias,

—Conduce á esta jóven, le dijo, al lado de las doncellas que, dichosas y halagadas, reciben el premio de su obediencia al emperador. Y tú, añadió más bajo dirigiéndose á Dorotea, síguele y piensa que te amo, que los dones que ellas han recibido son nada en comparación de los que te ofrezco si accedes á mis deseos; pero que la muerte y los tormentos serán la consecuencia de tu negativa.

Dorotea nada respondió: inclinó su purísima frente y siguió resignada al soldado, que la sacó de aquella habitación.

(Continuará)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

GRANADA.—IMPRESA Y LIBRERÍA DE F. REYES Y HERMANO.